

I LXXXII
H - IO



— II —

ORGANIZACIÓN

Y

PROCEDIMIENTOS PEDAGÓGICOS
DE LAS ESCUELAS PARROQUIALES

DE LOS SANTOS

POR

D. EZEQUIEL FERNÁNDEZ SANTANA

1920

EDITORIAL REUS (S.A.) MADRID

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

II

Organización y procedimientos pedagógicos de las Escuelas parroquiales de Los Santos

CONFERENCIA

DEL ILMO. SR. DOCTOR

D. EZEQUIEL FERNÁNDEZ SANTANA

—
(Sesión del día 25 de Noviembre de 1919)
—

MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
Cañizares, 3 duplicado
1920

de las cuentas correspondientes de los años
anteriores y posteriores respectivas

CONTABILIDAD

ES PROPIEDAD

D. EZEQUIEL FERNÁNDEZ SANTANA

(Sección de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación)

Talleres tipográficos EDITORIAL REUS (S. A.)
Ronda de Atocha, 15 duplicado. (302)

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORAS, SEÑORES:

Sean mis primeras palabras un saludo sincero y afectuoso a esta docta Academia, que se ha dignado cederme esta elevada cátedra, y a todos los aquí reunidos. Y este saludo no es sólo personal. Yo os saludo, también, en nombre de todos los alumnos y socios de las distintas obras pedagógico-sociales de las escuelas parroquiales de Los Santos.

Yo sé que al verme aparecer a mí, pobre cura rural, para hablar desde esta docta cátedra a tan culto y escogido auditorio, habréis de decir que esto es una osadía y yo creo que tenéis razón. Y si decís que es una locura, os diré que yo pienso lo mismo.

Y, sin embargo, he de hablar, primero porque cuento con vuestra benevolencia, pues si al que niega los principios, según el adagio escolástico, se le ha de atacar con dureza, al que los confiesa como yo, se le debe tratar con benignidad, y segundo, porque yo no vengo a pronunciar ningún discurso. ¡Libreme Dios de semejante desatino! ¿Cómo había yo de pensar en venir a pronunciar un discurso ante vosotros que estáis acostumbrados a oír frecuentemente en este y

en otros sitios la elocuente palabra de los príncipes de la oratoria? ¿Cómo pensar en semejante cosa cuando yo soy de los que creen que estamos perdidos por exceso de discursos y por falta de obras? (*Muy bien*).

No, señores, mis pretensiones son mucho más modestas. Yo vengo solamente a exponer con brevedad y sencillez la organización y funcionamiento de nuestra obra pedagógico-social. Y vengo a este sitio, porque convencido de la importancia de la obra y de la necesidad creciente de que sea de todos conocida, he creído que no basta ya la tribuna de nuestra Revista, desde la cual vengo hace seis años pregonándola, sino que era preciso venir a la corte y hablar desde esta elevada cátedra para que así, aun siendo corta mi voz, repercuta por toda España.

Yo, señores, trabajé y trabajo sin descanso por el fomento de las virtudes cristianas y por el esplendor del culto divino. Yo procuro y procuraré siempre hacer del sagrario el centro de la vida parroquial, porque no soy de los que creen que el mundo se salvará directamente por la acción social. No, el mundo se salvará por los méritos de Cristo, por la eficacia de la doctrina cristiana, por la fe. Pero la fe, dice el apóstol, que ha de entrar por los oídos. Pero, ¿cómo oirán? si no se les predica. ¿Y cómo oirán, digo yo, aunque se les predique si no escuchan?

Por eso desde hace muchos años he comprendido que no basta esto al párroco en los tiempos actuales porque el pueblo no va al templo.

Había ya entonces el imperativo categórico del in-

mortal León XIII que decía «Id al pueblo» y yo quise ir al pueblo y toqué la triste realidad de que el pueblo no existía.

No, señores, no existía, no existe el pueblo apto para ninguna obra de regeneración social.

Yo no llamo pueblo a esos conglomerados de hombres que viven en el completo desconocimiento de sus deberes religiosos, de sus deberes morales, de sus deberes sociales y cívicos.

Yo no llamo pueblo a esas reuniones de hombres hambrientos, hacinados en infectas habitaciones, sumidos en la ignorancia, desconocedores de las gloriosas tradiciones de su patria y desprovistos de nobles aspiraciones.

Y, ¿qué hacer? ¿Volver atrás? Eso, nunca.

¿No existe el pueblo? Hagámosle, dije, y desde entonces, sin abandonar mi ministerio, antes por el contrario, redoblando en él mis afanes, me dediqué con entusiasmo a levantar el espíritu de los unos, a asociar a los otros, a despertar por este lado el hábito del ahorro, por aquel el de la previsión, a llevar a unos la instrucción y a otros el socorro.

Para conocer la miseria y la falta de ideales de las masas y la causa de este mal, necesario es no sólo vivir en el pueblo, sino vivir con el pueblo y tener ojo avizor y espíritu de observación.

¿Y cuál es la causa? La ignorancia. No busquéis otro origen. Por eso sin la escuela, sin el maestro, es imposible el remedio. Sin la instrucción primaria no habrá acción social provechosa y eficaz, sin ella no habrá regeneración agrícola.

«Un hombre ignorante, dice el escritor Mateo Alemán, no tiene la curiosidad, el primor que requiere la agricultura moderna. Si se le advierten las cosas se le olvidan y si no se le olvidan se le antojan que son chifladuras y ridiculeces del que se lo manda.»

Sin ella no es posible la transformación de las industrias, y las primeras materias de nuestro suelo y los productos de nuestros campos habrán de pasar al extranjero para inundar después al mundo bajo el pabellón pirata de naciones más instruídas.

He aquí vuestra hora, maestros. Vosotros sois hoy los más necesarios, sois indispensables para el engrandecimiento de la patria. Vosotros sois la palanca que ha de sacarnos de este quietismo en que nos hallamos. Vosotros sois la llave que ha de abrirnos las doradas puertas de la dicha y del progreso.

No digáis, señores, que me alabo, porque yo, que soy cura de profesión y abogado de carrera, de maestro soy sólo aprendiz.

Cómo ha de ser esa escuela transformadora de pueblos, creadora de hombres conscientes y capacitados para la obra social y para toda noble y valerosa empresa de mejoramiento y bienestar popular, reformadora de vicios atávicos, y al parecer, incurables, madre de nuevas generaciones de creyentes y patriotas en los que aparezcan de nuevo los caracteres de la raza, hoy borrados por la incuria de los tiempos y el abandono de los más obligados a cuidarlos. Esta será la materia de esta conferencia.

Cuando en el año 1906 se publicó la famosa ley de Sindicatos agrícolas— que pudiera considerarse como

la carta magna de los agricultores de España, si no existiera su capcioso reglamento, y se aplicara siempre sin subterfugios y sin segunda intención—estaba yo de cura en Fregenal de la Sierra.

Fundáronse en seguida en mi provincia los de Fuente de Cantos, Cabeza del Buey y Villafranca de los Barros.

Pedí uno de aquellos Reglamentos, y después de un detenido estudio del mismo y de introducir modificaciones esenciales, que hacían del nuevo un tipo distinto, entusiasmado con su lectura y más con los maravillosos resultados que esperaba, me decidí a la creación del Sindicato, costara lo que costara.

Y, en efecto, el 27 de Abril del siguiente año se firmó la escritura de constitución de aquel famoso Sindicato, que ni ha tenido igual entre los de España, ni ha sido superado por ninguno del extranjero.

Al poco tiempo tenía más de 20 millones de pesetas de capital asociado, más de uno y medio dado a préstamo y más de un millón en Caja de Ahorro.

Superaba en movimiento al Banco de León XIII, era más importante que toda la federación riojana, aventajaba a la famosa Caja central de Lovaina y aun a la de Wesfalia.

Seguía yo con interés creciente el desarrollo de aquella interesante obra y bien pronto noté dos defectos de importancia suma.

Era el primero la inutilidad de aquel Sindicato para los pequeños labradores y braceros, porque exigiéndoseles en las operaciones de crédito con el Sindicato

to, únicas que aquél ha realizado, una sólida garantía de que aquéllos carecían, no podían operar.

Y era el segundo, aun más grave y perjudicial, la ineficacia de aquel Sindicato para los labradores en general, dada la ignorancia de la mayor parte de aquellos agricultores y el atraso y rutina de la agricultura entre ellos.

¿Cómo pensar con aquella gente, así formada, en semillas seleccionadas, en empleo racional de abonos, en mejoras de raza en la ganadería?

Para remediar estos defectos me dediqué en seguida con entusiasmo y actividad a la creación de un Patronato obrero, compuesto de pequeños labradores y braceros, a los que el Sindicato aquél no podía favorecer.

Aquel Patronato comprendía entre sus fines todo el campo de la acción social: préstamo, ahorro, cooperativa, socorro a los enfermos, arriendo de terrenos para parcelarlos, y entre ellos, como primero y principal, puse la creación de una escuela de adultos, que en seguida abrió sus puertas a una numerosa juventud obrera, ávida de adquirir los necesarios conocimientos para luchar en la vida y la conveniente educación para elevarse sobre el nivel en que hasta entonces había vivido.

Esta obra tan completa y con base tan sólida, pues la caja Rural era su garante, obra que pudo hacer inmensos beneficios, fracasó ruidosamente.

¿Y cuál fué la causa de tan desastroso resultado? La ignorancia y la falta de formación social. Una cosa no fracasó, una cosa produjo opimos frutos en el poco

tiempo que vivió y ésta fué la escuela de adultos.

Tales fueron los progresos que en su instrucción y educación hicieron aquellos jóvenes, que al celebrarse los primeros exámenes, en Abril de 1907, bajo la presidencia del Prelado diocesano, el Dr. Soto Mancera, de santa y feliz memoria, quedó aquél admirado del gran aprovechamiento de los alumnos, y al acercarse todos a comulgar al día siguiente, llamaron la atención de los fieles por ser un espectáculo insólito y por el recogimiento y la devoción de que dieron pruebas inequívocas. (*Aplausos*).

Y así en la parroquia misma, porque allí les había yo cedido local y bajo mi dirección y omnímoda dependencia, como Presidente que era del Patronato, funcionó aquella escuela, que sin ser propiamente parroquial, puede considerarse como el origen de nuestras escuelas parroquiales.

El 8 de Marzo de 1909 abandonaba la parroquia y Arciprestazgo de Fregenal y entraba en la de Los Santos, aleccionado ya por la experiencia en las obras sociales y bastante orientado en cuanto a la preferencia de ellas.

Mi opinión podía ya sintetizarse en estas palabras: Las obras sociales responden a tres grandes necesidades de estos tiempos. Aunan los esfuerzos dispersos por el individualismo reinante, aumentando así las fuerzas para llenar los diversos fines de la vida; rompen la indiferencia causada por el egoísmo, y con el lema «unos por otros y Dios por todos» subviene a las imperiosas necesidades y pueden servir de poder o medio para la regeneración moral y religiosa del

pueblo, valiéndose de ellas como de apropiados instrumentos materiales para arrastrar la voluntad de los hombres al bien; pero para que las obras sociales tengan vida propia y suficiente vigor, para que produzca los frutos deseados, es indispensable que los hombres que las integran tengan una cultura mínima indispensable y la debida formación social.

Sólo en el caso en que una urgente necesidad lo exija, cosa hoy casi general en todos los pueblos, se crearán obras sociales con hombres ineptos y esto a condición de que aparezca inmediatamente la obra cultural que preste a aquella obra el vigor necesario.

Consecuente con esta doctrina, en Abril contribuí eficazmente a la fundación del sindicato de Los Santos, importante obra social que obtuvo el primer premio en uno de los últimos concursos generales abiertos por la Asociación general de Agricultores, y que es presentado como modelo por el Banco de España a todas sus sucursales, pero en Mayo ya tenía tomada la casa donde había de establecerse la escuela parroquial que aquel mismo año había de abrir sus puertas a la juventud obrero-estudiosa.

El 26 de Octubre publicamos el anuncio de matrícula de una escuela gratuita de adultos, para jóvenes de catorce a diez y ocho años, y contra el parecer de los pesimistas, apenas se había extendido la convocatoria, convirtiéndose el despacho parroquial en alegre jubileo por el que desfilaron las dos terceras partes de los jóvenes del pueblo que tenían la edad fijada y muchos que no la tenían, siendo de ver los ardides de que se valían para aumentar la edad los que no la te-

nían, hasta el punto de que no había entonces muchacho con camisa limpia, que no estuviera metido en los catorce años, y la astucia de que se valían los que ya la habían pasado, no habiendo por aquellos días jóvenes casaderos que tuvieran arriba de diez y ocho años.

Ni unos ni otros contaban con que teníamos en nuestras manos el archivo parroquial.

Como consecuencia de esto, la matrícula que iba a ser de cien alumnos, se extendió hasta ciento veinticinco, y aún quedaron un ciento de aspirantes en expectación de una vacante.

Al siguiente año se amplió el número a ciento cincuenta, y así ha ido aumentando hasta llegar al de doscientos cincuenta, que es el número a que asciende la matrícula hace algunos años.

Dividiéronse los alumnos en ocho grados al frente de cada cual hay un profesor, y la enseñanza se limitó al principio a lectura y escritura, Aritmética y catecismo.

Al grado más adelantado se le puso desde luego Geometría, Agrimensura y Agricultura, sustituyéndose esta última asignatura por el Dibujo lineal y de adorno, aplicado a las Artes para los artesanos.

Durante el primer curso, y más durante el segundo, se observaba claramente que todos aquéllos que habían permanecido desde el principio, y sobre todo lo que habían pertenecido a las primeras clases, estaban completamente transformados. Como un sello y carácter indeleble manifestaban en todas partes, en

la calle y en la iglesia, en el trato entre ellos y en las relaciones con personas de respeto, en sus costumbres y en sus inclinaciones, la ilustración y educación recibidas.

Esto que debía satisfacer al más exigente, tratándose de los frutos que de una escuela de adultos pueden obtenerse, no podía satisfacerme a mí que aspiraba a mucho más que a educar a la juventud.

Yo, señores, aspiraba a una completa y radical transformación de la juventud obrera. Aspiraba a crear un pueblo nuevo, cristiano, consciente, culto, capacitado para conocer y cumplir sus derechos y deberes, que en el desenvolvimiento mismo de sus facultades encontrara el elemento de su propio valer, y que en el conocimiento del mecanismo de las obras sociales encontrara elementos de vida; un pueblo, en fin, que supiera vivir la vida de estos tiempos de incesante batallar.

Mas he aquí, señores, que apenas había dado algunos pasos en el camino emprendido, cuando conocí claramente que la edad adecuada a la formación del hombre era anterior, que la época en que el entendimiento y la voluntad del hombre se ponen como la blanda cera en las manos del educador es la niñez, y, por consiguiente, que antes que la escuela de adultos como fundamento sólido y necesario, debía estar la escuela diurna.

Convencido plenamente de esta verdad, al empezar el curso de 1911, abrimos una sección diurna para niños de seis a diez años.

Desde el principio se dividió en tres grados, al

frente de cada uno de los cuales está un maestro y cuenta con ciento veinte alumnos.

Dos principios fundamentales rigen esta sección diurna, y son, el primero: que debe ser para todos, ricos y pobres, porque en una obra parroquial no caben preferencias, y además, señores, si es necesaria la instrucción a los ricos, porque han de brillar en la sociedad y han de seguir una carrera, tanto o más les es a los pobres, ya que éstos no tendrán otro patrimonio que su instrucción, pues ésta ha de ser la única llave de que dispongan para abrir las puertas del porvenir; y el segundo: que esa sección no debía ser gratuita para todos, sino sólo para los pobres. El que tenga bienes de fortuna debía pagar la pensión establecida, el que tuviera posición mediana debía pagar algo, y nada los pobres, pero todos debían vivir juntos, sin distinción, sin preferencias, sin que nadie supiera quien pagaba ni quien no pagaba, haciendo nacer así esa compenetración de clases de la que había de surgir después ese ambiente de caridad evangélica que se respira en aquella casa.

Pero he aquí, señores, que esa vida de compenetración entre ricos y pobres que yo buscaba, y que tan necesaria y provechosa ha sido siempre, y más en estos días, que aquel espíritu parroquial que yo había ido despertando con tanto afán entre los escolares, haciendo de la parroquia el centro de todo aquel movimiento, había de quedar interrumpido a los pocos años, porque los ricos habían de ir a estudiar segunda enseñanza a otros colegios.

Para evitar ese peligro, en el 1912 me impuse un

nuevo sacrificio, estableciendo una sección de segunda enseñanza, que quedó incorporada al Instituto de Badajoz, y de esta manera continuábamos en una y otra sección la obra empezada, porque aquella sección de segunda enseñanza está abierta para todos, ricos y pobres, sin pagar nada éstos últimos, y sin limitación de número, porque yo entiendo, señores, que siendo Dios el que da el talento, sin mirar a quien lo da, debemos contribuir todos a que el pobre que tenga talento lo haga brillar dondequiera que esté. (*Muy bien*).

Después, señores, me encontré con un caso raro, con un fenómeno singular: los alumnos de la escuela de adultos, a los que yo creí que habría necesidad de exigirles que estudiaran, me sorprendieron al ver que eran ellos los que querían estudiar más.

Para muchos de aquellos jóvenes obreros, encallecidos ya en el duro trabajo manual, los primeros pasos en el estudio de las ciencias superiores fueron el descubrimiento de un nuevo mundo de ideas desconocidas, y acuciados por los conocimientos adquiridos, espoleaban un deseo de saber más. Había entre ellos obreros agrícolas que durante el día trabajaban en el campo y se llevaban los libros, para estudiar las lecciones de la noche durante el tiempo que daban para los cigarros.

Comprendí entonces que aquel afán de estudiar y aquel cúmulo de conocimientos adquiridos debía dirigirlos hacia algún fin, y se me ocurrió encauzarle hacia el magisterio.

Desde entonces muchos de aquellos jóvenes obre-

ros, que habían sido herreros unos, carpinteros otros y aun del campo, empezaron a estudiar la carrera del magisterio, y hoy día son excelentes maestros y aun algunos de ellos grandes pedagogos. (*¡Muy bien!*)

Así quedó abierto ocasionalmente aquel Seminario de maestros de la Escuela Parroquial de Los Santos. Movióme también la necesidad creciente de formar buenos maestros y el deseo de difundir nuestro procedimiento de enseñanza, que yo no creo que sea único, ni el mejor, pero que entiendo que es bueno y que nuestros maestros habían de difundir por toda España.

Después, señores, cuando estos jóvenes tenían ya la instrucción primaria completa, cuando sabían, además de los conocimientos ordinarios que en las escuelas de adultos suelen enseñarse, algo de Geometría y Agrimensura, de Gramática y Geografía, cuando debían separarse de nosotros, me encontré con que no querían salir de la escuela, y viendo yo la gran conveniencia, la absoluta necesidad de una obra intermedia, de una obra que sirviera de puente, que uniera la escuela con el sindicato, creé el Patronato de exalumnos, y a ese Patronato pertenecen todos aquellos que habiendo pasado por la escuela han cumplido los diez y ocho años y tienen completa la instrucción primaria.

En esta sección los alumnos tienen más libertad que en la escuela, pues es voluntaria la asistencia, tienen además cierta separación de los demás alumnos, porque nada hay que más entusiasme al que empieza a hombrear, como verse tratado como hombre;

se les enseñan conocimientos más profundos: Dibujo lineal y adorno, Agricultura, Religión, prácticas de laboratorio y Redacción de documentos; y tienen obras de acción social más intensa, cajas de ahorro y de retiro para la vejez, y pósito en trigo para repartir en épocas de siembra y en las de calamidad o miseria. (*Muy bien.*)

Otro fin me guió a la fundación de este Patronato, cegar lo que yo entiendo que es causa de la ineficacia de nuestras escuelas católicas. La mayoría de ellas empezada su actuación sobre los niños la interrumpen a la edad más peligrosa para los alumnos, contentándose con secciones elementales diurnas, y sobre todo no existía ninguna que tuviera sobre la escuela de adultos otra obra posterior. Y, sin embargo, en esa misma edad en que la escuela de adultos suele terminarse, todavía era indispensable algo que sirviera de lazo entre la escuela y sus alumnos, tanto más cuanto que en esta época podían ya cosecharse opimos frutos de la labor realizada, y sobre todo algo que los retuviera en aquella atmósfera pura, lejos de la corruptora taberna y del soez garito, en aquél ambiente de orden, de morigeración y de amor. (*Muy bien.*)

Ultimamente, señores, en el año 1916 fundóse el sindicato de alumnos al cual pertenecen todos los que han pasado por la escuela, y en él tienen ya completa libertad de acción, separación completa de la escuela, enseñanza sólo por medio de conferencias, e implantación de mayor número de obras sociales: caja de préstamos, socorro a los enfermos, cooperativa de

compra y venta, de arriendo y compra de tierras.

Había todavía dos lagunas para los jóvenes de segunda enseñanza. La primera, es la época del verano. ¡Cuán peligrosa es para los extremeños la época canicular, en que los casinos y garitos destruyen toda la obra de formación que de los jóvenes se ha hecho! Era necesario crear un centro en el que estuvieran reunidos y donde siguieran trabajando, y se creó entonces la Juventud católico-social, a la cual pertenecen todos los alumnos de segunda enseñanza. Tiene una formación religiosa, acción social, academia instructiva, círculo para reunirse; y así siguen [formándose, siguen trabajando, y, sobre todo, se separan de los grandes peligros que en los casinos, en los garitos y en puntos peores les esperan.

Y aun había, señores, un gran vacío, que consistía en que, después de aquél trabajo intenso del bachillerato, de aquél trabajo rudo a que nos hemos expuesto durante tanto tiempo para formarlos bien, para educarlos con espíritu cristiano, para hacerlos hombres trabajadores, para hacerles reflexivos; aquél trabajo, digo, cuando llegan los jóvenes a las grandes capitales como Madrid, Sevilla, ¡ay, señores! entonces como se pierde casi todo. Y esa laguna había que salvarla en alguna forma, costare lo que costare, y a Dios gracias, ya tenemos establecida aquí en Madrid la Residencia de estudiantes de la Escuela Parroquial de Los Santos, a la cual vendrán todos los ricos y los pobres que hayan estudiado allí la segunda enseñanza a continuar la misma vida de amor, de caridad, de trabajo, que tenían en aquella escue-

la; aquí está esa obra para salvarles de los peligros, y con ella termina nuestra actuación porque nada cabe más allá después de esto. (*Muy bien; aplausos.*)

Además de estas secciones literarias, integran a nuestra escuela varias obras sociales, benéficas y patrióticas.

Teniendo esta escuela por fin la necesaria capacitación de los obreros para actuar convenientemente dentro de las obras sociales, convenía que estuviera dotada de obras de esta índole, primero con carácter solamente pedagógico, y completamente social después.

La primera de estas obras sociales fué la caja de ahorro de la sección de adultos creada al mes de abrirse la escuela, pues empezó a funcionar el 1 de Enero de 1910, a la que siguieron la de la sección diurna y de segunda enseñanza en 1912, y la del sindicato en 1916.

Todas ellas tienen su junta directiva formada por alumnos, admiten imposiciones hasta de cinco céntimos, pagando un interés del cuatro por ciento.

Después crearónse la caja de retiro para la vejez y el Pósito en el Patronato, y la de préstamo, y las cooperativas de compra, venta, consumo y trabajo en el sindicato.

Entre las benéficas, es la más importante la Conferencia de San Vicente de Paul, a la que pertenecen sólo los alumnos de segunda enseñanza; porque en aquella Casa, donde está desde el más rico hasta el más pobre, podía suceder y sucede que muchos de

ellos, cuando caen enfermos no tienen lo preciso para atender a aquella necesidad, y entonces los alumnos de segunda enseñanza, concurren con el dinero de la Conferencia y con las visitas que les hacen a satisfacer aquella necesidad. Además yo perseguía otra cosa con esta Conferencia, y era que los jóvenes, en esa edad en que tan fácilmente se ve todo como de color de rosa, vieran la miseria, vieran el dolor, vieran las necesidades, visitaran a los pobres y así, de esa manera, aprendieran lo que es dolor, lo que es vida, sirviéndoles esto de un poco de lastre, para que no se eleven mucho; además de que, como yo les digo muchas veces, no se sabe con esto quien se beneficia, si vosotros o ellos, si vosotros que recibís la enseñanza provechosa o aquéllos pobres que están enfermos y reciben el socorro.

Hace algunos años también creóse el desayuno escolar, porque es imposible, señores, que el que no esté alimentado, siquiera regularmente, pueda estudiar, y hay muchos niños ¡pobrecitos! que van por la mañana sin haberse desayunado, y éstos niños no estudian, no pueden estudiar; es necesario que la escuela les de lo necesario para alimentarles. Desde entonces funciona ese desayuno en épocas de crisis obreras. El sindicato tiene además la sección de socorro a los enfermos. Sin más que la cuota mensual de veinticinco céntimos, todo el que está enfermo tiene derecho al socorro que le pasa el sindicato, más o menos según el número de enfermos y la cantidad de que puede disponer en aquél momento.

Nuestra escuela, señores, además tiene una orga-

nización militar. Yo quería despertar en todos aquellos jóvenes la idea del honor, la idea del respeto, de la obediencia, de la sumisión a los mayores; y por eso se creó, desde luego, bajo un aspecto militar: el uniforme es el mismo de la Infantería, la bandera es la de la Patria, modificada un poco por la del Apostolado. Allí aprenden todos la instrucción militar teórica y prácticamente, y al llegar al Patronato tienen una liga militar, consistente en que todos los jóvenes que pertenecen a aquél Patronato, depositan una cantidad pequeñísima de diez céntimos mensuales, y al marcharse después a servir al Rey, tienen derecho a un socorro que se les da a cada uno de ellos; y hay además clase de instrucción militar todas las semanas; y últimamente, para darle valor legal, pudiéramos decir, a esta instrucción militar, desde 1914 está la escuela reconocida por Real orden como escuela militar particular.

Para muchos, señores, es un milagro el sostenimiento de aquella Obra parroquial de Los Santos. Hay algunos—y no son pocos—que sospechan que yo tengo un cuño (*risas*), y no van desacertados del todo; ya os lo diré. Los ingresos con que cuenta son los siguientes: en los diez años que lleva la escuela funcionando ha recaudado 3.100 pesetas de la Caja rural, para el campo de experimentación, maquinaria agrícola, laboratorio, etc.; 3.000 de una manda pía; 1.000 de otros conceptos ... aproximadamente unas 7.000 mil pesetas. Las suscripciones anuales o mensuales de todos los ricos de Los Santos, no llegan a 500 pesetas al año, y las cuotas de los alumnos se

reducen a lo siguiente: los adultos, que son 250, no pagan nada, y se les da además todo el material, incluso el de Dibujo. De los de primera enseñanza hay hoy cinco, que pagan la cuota completa, que es de cinco pesetas; 28 pagan media cuota, y 80 que no pagan nada.

De 26 alumnos externos de segunda enseñanza, sólo siete pagan la cuota establecida: 30 pesetas; tres son de media cuota y los restantes gratuitos.

Hay además varios alumnos internos que pagan la pensión fijada, y aun en éstos hay dos gratuitos.

Después, en el año 1912, creyó el Municipio conveniente dar una subvención a la Escuela, y aquella Escuela, aquella obra, que cuenta con tantos alumnos, obtuvo ese año una subvención de ¡500 pesetas!, de las que hasta ahora se han pagado tres trimestres.

Esos son los ingresos que esta obra ha tenido, porque nadie más absolutamente ha dado un solo céntimo para ella. Es más, aunque yo no tenía muchas ganas, hace unos años me dijeron que pidiera subvención al Estado. Hice una solicitud bastante detallada; por dos veces la he mandado al Sr. Ministro de Instrucción pública, en épocas de formación de presupuestos, y todavía no sólo no me ha dado un solo céntimo, sino que ni aún me ha contestado siquiera. Yo he pensado, señores, que los extremeños no servimos para pedir, no sabemos pedir; si esta obra hubiera surgido en Galicia, ¡cuántas pesetas se hubieran sacado ya! (*Aplausos*). Pero señores, yo también creo que tampoco servimos para dar. Si esta

obra hubiera nacido en Vasconia o en Santander, ¡cuánto no hubieran dado ya los ricos!

Esos que os he referido, son los ingresos de la Escuela parroquial de Los Santos, de esa obra tan grande como váis viendo y veréis todavía más.

¿Y gastos? Sólo los gastos de los profesores, aunque algunos no cobran nada, ascienden a 7.500 pesetas anuales; dependientes, 1.500; material, 1.000; luz, 400; premios, 750; gastos del campo de experimentación, 300; instrumental para la Banda, cinematógrafo y proyecciones, etc., 500; casas, 1.700, porque había que pagar la de la Escuela, la del Sindicato y la de la Juventud católico social.

Hoy sólo quedan dos, porque la casa donde está la Escuela la he tenido que comprar, aunque sin tener una peseta, con lo que resulta que estoy peor ahora, pues debo 42.500 pesetas, y si no pago alquiler tengo que pagar réditos. (*Risas*).

Y no es esto sólo, sino que hoy he tomado aquí en Madrid una casa, en la glorieta de San Bernardo, que me cuesta 6.000 pesetas, en cuya casa estará instalada la residencia de una manera decorosa.

Total, más de 20.000 pesetas. Este es el presupuesto anual de esta obra social y pedagógica de Los Santos. ¡Si será verdad que yo tengo un cuño! Yo os lo voy a decir; pero, ¡cuidado!, que es peligroso hablar en Madrid de cuños. Habéis de guardar el secreto. Que el Sr. Conde de Bugallal no se entere: Sí, tengo un cuño, y ese cuño es la Divina Providencia. (*Aplausos*).

Sí, señores, y os puedo decir que a mí no me ha

faltado nunca lo suficiente para cubrir todas las necesidades; es más, a nadie le he pedido nunca más que al Ministro de Instrucción pública. (*Muy bien*). Sí, tengo ese cuño de la Providencia, y en él confío, y os puedo decir que han llegado momentos de angustia suprema, y he tenido ante mí una letra de 250 pesetas, vencida, y juntamente con el que entró la letra, he recibido una carta con 250 pesetas de quien yo jamás podía sospechar que me las enviara. Ese es el cuño de la Providencia, y a ese cuño no llega nadie, absolutamente nadie.

Además, señores, yo tengo dos normas en estas cosas: la primera es, cuando he de hacer una obra la pienso primero bien, la miro por todos lados, y veo si es conveniente, si es necesaria, si está interesada la gloria de Dios, y si lo está, adelante, y esa obra sale. (*Aprobación*).

El otro principio o polo de mi sistema es éste: yo nunca doy un paso, sin que tenga antes medido el terreno, y así la obra que yo establezco es porque antes he visto que en lo esencial puedo sostenerla; claro que si me ayudan, esa obra tardaría en realizarse menos tiempo.

Inútil es decirnos, señores, cuánto no es el trabajo que esta obra supone. En ella invierto todo el día; no resta tiempo más que para dormir un poco, y eso muy de prisa, porque sino, no alcanza. Desde las seis de la mañana estoy ya en pie, porque se levantan los internos; después, a las ocho, empiezan las clases de la segunda enseñanza, y a las nueve, las de los pequeños; a las doce doy clase a éstos; por la

tarde, a los de segunda, y a los adultos, por la noche. A las ocho termina la escuela, y luego empieza casi siempre el ensayo de las comedias, el de la música, la preparación de las veladas, y todavía, los sábados, hay que ir al Sindicato para asistir a la conferencia, y después de las conferencias, al cinematógrafo, hasta que se apaga la luz; así es que muchas veces digo: ¡bendito el pueblo de Los Santos, que tiene una luz que se apaga a las doce!

Respecto al número de enseñanzas que tenemos, es infinito: todas las de la primera enseñanza, con muchas otras agregadas, que no son corrientes en la primera enseñanza, las de la segunda, magisterio y adultos, y sobre el trabajo tan grande que todo esto supone, hay que atender a las Cajas de Ahorros, préstamo y retiro, las Cooperativas, escribir la Revista. Preparando estaba esta conferencia, cuando he recibido carta para que pida carbón a Peñarroya, porque se les ha terminado a los herre-

ros... Pero, ¡ah!, señores, todo esto está compensado con los frutos que produce esta obra. Para ellos es sólo el desarrollo de la inteligencia, que no es calculable, sino la formación de la voluntad de aquellos hombres que se entregan completamente como si fueran niños; ¿y qué mayor bien pueden recibir aquellos jóvenes obreros que la formación de su inteligencia y de su voluntad? Además adquieren una enseñanza profesional muy completa mediante los conocimientos adquiridos con el dibujo, modelado, agrimensura y prácticas de laboratorio. Hoy, en Los

Santos, se han invertido los términos: el oficial se ha convertido en maestro.

Además, señores, económicamente yo aspiro, y he conseguido, hacer a todos ricos. Mirad si se puede hacer mayor beneficio económico que éste. Desde los siete años empiezan a ahorrar, y como no pueden retirar lo que imponen, resulta que insensiblemente van formando un pequeño capital, que cuando dejan de pertenecer a la Escuela diurna pasa con la libreta a la Escuela de adultos, y de ésta al Sindicato; y hay muchos de esos obreros que cuando pasan al Sindicato, llevan en su libreta 300 y aun 400 pesetas; y un obrero que sabe ahorrar y tiene ese capital, es un hombre rico (*Aplausos*).

Todos ricos y además todos propietarios. Ved si económicamente puede hacerse más.

Yo he procurado y conseguido que nuestro Sindicato compre grandes extensiones de terrenos, que se han parcelado y se han repartido entre aquellos obreros en cantidades no muy grandes, pero lo suficiente para vivir, y lo van pagando insensiblemente. Es un contrato a quince años; los primeros cinco no pagan más interés que el 4 por 100, y desde el sexto van pagando el capital por décimas partes, y tierras que eran incultas, se han transformado en viñedos, que tanto producen hoy. Hay quien ha comprado al Sindicato una parcela de 150 pesetas, y este año, que es el cuarto, le ha producido más de 300.

Pero todavía ellos tienen otro beneficio mayor: la independencia social, que vale más que nada. El hombre instruído no se deja engañar fácilmente por

los argumentos capciosos de los farsantes; ese hombre no será instrumento de los caciques; tiene la independencia necesaria, y como además posee una base económica, no se dejará guiar por otro, ni venderá su voto por una peseta o por un vaso de vino. (*¡Muy bien!; aplausos*).

Y para los otros obreros también produce fruto, porque los instruídos les sirven de ejemplo y de maestro, de estímulo y de preservativo. Cuando ven a aquéllos que son mejores y más capacitados, les siguen, les imitan, y ese estímulo y ese ejemplo les salva de muchísimos peligros.

Y para la Patria, señores, ¿es poco el fruto que se obtiene? El hombre que se ha instruído tiene todo su ser a disposición de su Patria; en cambio, un hombre ignorante, está mediatizado, es la cuarta parte de un hombre. Así, que veinte millones de hombres no instruídos representan a lo sumo la potencia de cinco millones; y como la Patria tiene derecho a todo lo que el hombre pueda dar de sí, recibe un gran beneficio de la instrucción del pueblo. Además, ese hombre instruído sabe sus derechos y sus deberes, y de esto resulta un beneficio grande para la Patria. El ignorante no cumple jamás sus deberes, y si los cumple lo hace a remolque, porque le obligan; el culto, en cambio, sabe cumplir sus deberes y usar bien de sus derechos, ¡ay, señores, el día que todos los hombres sepan usar de sus derechos! ¡Cuán pronto cambiaría por completo la faz de la nación (*Muy bien*).

Además, la Patria, en estos tiempos de competencia industrial, necesita sobremanera del perfecciona-

miento profesional de todos los obreros, sin cuyo perfeccionamiento se verá cada día más acorralada en las industrias y en la transformación de los productos agrícolas por la competencia de las industrias y manufacturas de otras naciones más adelantadas, que imposibilitarán su expansión comercial fuera de la nación y la dificultarán en el interior.

También el párroco tiene grandes frutos que cosechar. El primero es el ascendiente que obtiene, no sólo sobre los jóvenes mismos, sino sobre sus padres, porque mirad, señores, hay muchos hombres que no agradecen los beneficios que se les hace; pero un beneficio hecho a un hijo suyo, es rarísimo el hombre que no lo agradece. Por consiguiente, cuando aquel padre, aunque sea indiferente, malo, aun cuando sea ateo, vea que a sus hijos se les recoge, se les instruye, se les viste, se les da de comer; ¡a aquel hombre se le vence! (*Muy bien*).

Y sobre los alumnos, ¡cuán grande no es el ascendiente del párroco! El párroco, que para muchos sería indiferente, pasa a convertirse en el maestro, en el amigo, que ha de estar continuamente con ellos año tras año. Es su confidente, su hermano; a él se le abre el pecho y no se da un paso sin contar con él. Poco importa que algunos se separen de la Escuela en los primeros años, porque después reconocen el beneficio recibido y vuelven a dejarse dirigir por aquél que los ha enseñado.

Y la Parroquia también obtiene grandes beneficios, porque la conocen mejor, y conociéndola la aman; porque siendo el centro de toda aquella obra,

de allí irradia su vigor, y, por consiguiente, hay más compenetración del obrero con ella; y sirve para el esplendor del culto ya que estos alumnos asisten a las misas del domingo y toman parte en las comuniones generales. Y últimamente, tengo confianza plena en que si llegan tiempos calamitosos, que todos esperamos, aquéllos que allí se han formado, aquéllos que están y han estado en la Escuela parroquial, sabrán poner el pecho para que los nuevos vándalos no derriben los altares. (*Grandes aplausos*).

No creo, señores, que sea preciso esforzarse mucho para convencer a todos de que el método pedagógico hasta hoy seguido en las escuelas en general, es muy deficiente. Bastaría para probarlo saber que de los 20 millones de habitantes que hay en España, 14 millones no saben leer, y tres millones de los que saben leer, no saben lo que leen.

Estudiando este método se observa que acaso la causa de ello está en que la enseñanza nuestra tiene mucho de imaginativa, que es memorista, teórica, mortificante y pasiva.

Todos sabéis que en nuestras escuelas, de ordinario, el maestro—y no hablo sólo de las escuelas primarias, sino de todas en general—se esfuerza por llevar a la imaginación de los niños o de los escolares un número de ideas de las cuales ni aun siquiera puede hacerse cargo; sabéis vosotros que en nuestras escuelas hay un gran empeño en recargar la memoria con fárrago insustancial de conceptos, que para nada sirven después, porque lo aprendido de esta manera enseguida se olvida; que en todos nues-

tros centros los laboratorios vienen a ser como museos, muy bien presentados, pero que nadie conoce, en los que nadie trabaja, y sé decir que aun recuerdo que allá en la escuela, cuando yo andaba en ella, había una especie de vitrina con un fondo de raso muy chillón, y dentro unas cosas que parecían vasos y que yo ni pude ingeniarme lo que era aquello, que a escondidas del maestro admirábamos todos; después he conocido que era una colección del sistema métrico decimal. ¿Para qué serviría aquéllo allí? para nada absolutamente: es mortificante, porque fuerza la imaginación y se empeña en grabar en la memoria lo que no comprende el alumno, y últimamente es pasiva, porque los niños están allí como libros en anaqueles, fija la atención en el maestro; así van todos a la fuerza. Por consiguiente, yo dije, ¿qué hay que hacer? Lo contrario; en vez de ser imaginativa hagámosla intuitiva; en vez de ser memorista, hagámosla reflexiva; en vez de ser teórica, hagámosla práctica; en vez de ser mortificante que sea amena; en vez de ser pasiva que sea activa.

Es más fácil enseñar presentando al niño un objeto; y cuando se carece de objeto apropiado un gráfico, así con una explicación breve, se hace el alumno cargo de las materias enseguida. Es más conveniente hacer que las ideas que se le dan las haga propias mediante reflexión; y sobre todo es de una importancia suma hacer la enseñanza práctica. Yo tengo por principio, que todo aquel que aprenda una cosa, si es factible, que la haga; que en cada caso se hagan los gráficos para el estudio de cada materia,

y el que sabe el mapa de España, sepa trazar el mapa de España, y el que sabe ferrocarriles, que los trace, y el que sabe geometría que haga el cuerpo geométrico, y así, de esa manera, será poco o mucho lo que aprenda el alumno, pero lo aprende para siempre.

Esto me recuerda, señores, lo que hace pocos años ocurrió a uno de nuestros ingenieros, que era el número uno de su promoción. Había estudiado con gran aprovechamiento y conseguido muchos premios. Al salir de la Escuela, lleno de entusiasmo, con sus papeles, con sus títulos, con sus notas creyó el campo de España muy pequeño para sus ilusiones, y se marchó a los Estados Unidos; llegó allá y presentóse a varios hombres de negocios con todo aquel fárrago de títulos, y uno de ellos le dijo: bien, ¿y usted qué sabe?—Pues esto, y esto, y esto.—Perfectamente; pero, y hacer ¿qué sabe usted?—No se nada—Pues entonces lo que usted haya aprendido me tiene sin cuidado; lo que me interesa es lo que usted sepa hacer—. Y volvió a España poco menos que a vegetar.

Es preciso hacer la escuela amena; que los niños estén al aire libre, al sol; presentarle cosas que les agraden; hacer de la escuela como un segundo hogar, como el campo mismo con todo el embeleso que tiene para los niños; hacer la escuela activa, procurando que el alumno tome parte en todas esas cosas y que él mismo sea parte de la enseñanza, además de ser discípulo.

Así procuramos hacerlo nosotros, llevando a cada asignatura esos principios pedagógicos.

Para la lectura de los pequeños usamos tarjetas,

en cada una de las cuales va escrita una de las letras del abecedario.

Se distribuyen entre los alumnos, y estos las colocan ante el pecho, a la vista de los demás.

Unas veces se manda a algún alumno que señale determinada letra, y otras veces se obliga a determinar por cualquier signo que la tienen aquellos en cuyas manos está, al ser nombrada por el maestro.

Después se unen varios, formando determinadas sílabas y palabras, que los restantes leen. Variando de sitio alguno de ellos, da lugar a la formación de otras palabras distintas, que los demás van pronunciando. A los mayores se les coloca separados unos de otros y en forma simétrica, como para los ejercicios de gimnasia sueca o militares, y se les obliga a leer a todos juntos con entonación reposada, un tanto alta, uniforme y musical.

Para cerciorarse de la atención, cuando parece, a una señal, callan todos y se obliga a continuar a uno sólo. Así también puede conocerse el adelanto de cada uno.

Sin interrumpir la lectura, se les manda evolucionar a derecha o izquierda, avanzar o retroceder, y aun sentarse. Todo lo cual hacen con uniformidad y cierto ritmo que ameniza y rompe la monotonía ordinaria en las clases de lectura.

Para el estudio de la Gramática seguimos un procedimiento sencillo y de buenos resultados. Las partes que más se prestan y sobre las que más actuamos, son: la declinación, conjugación, oraciones y análisis.

La declinación la practican colocándose a derecha e izquierda del maestro un número de alumnos igual al número de casos, perfectamente alineados, y cada uno de los cuales desempeña el oficio de uno de los casos.

El profesor va diciendo en casos distintos el nombre que propone para ser declinado, y el alumno, que representa el caso, da un paso al medio.

Parecido es el procedimiento para conjugar, con la diferencia que los grupos de alumnos, que a derecha e izquierda se colocan, serán de tres en tres, y representan a las tres personas de cada tiempo.

Para las oraciones y el análisis, los grupos representan las diversas partes de la oración, poniéndose generalmente a un lado las variables y a otro lado las no variables. Al ir diciendo el profesor la oración, van saliendo al medio los alumnos que representan a aquellas partes de la oración nombradas, y colocándose correlativamente, queda la oración formada.

La repiten los alumnos según su oficio en ella, y aun se cambia por pasiva, retirándose unos porque sobran, y acudiendo otros a poner las partes de la oración que faltan.

Los alumnos que desempeñan el papel de las partes de la oración nombradas, deben salir al medio, colocándose según se van nombrando, y estar dispuestos a repetir y formar, cuando se les pregunte, el período leído.

Aun se les exige la colocación en el orden directo de las palabras, o sea, que deshagan el hipérbaton,

ocupando cada cual su puesto en el orden de construcción directa.

Para el estudio de los puntos más esenciales del Catecismo, se puede seguir, ya el mismo procedimiento seguido para las declinaciones, representando en este caso cada alumno uno de los mandamientos, sacramentos, etc., ya el de trazar con cintas en el suelo un gráfico parecido a como suelen representarse las tablas de la Ley.

En el primer caso, después de repetir cada uno el mandamiento, sacramento, etc.: que representan, se les van poniendo casos distintos de preceptos, cumplidos o quebrantados, o de sacramentos recibidos, habiendo de contestar aquél que representa al que nos referimos; y en el segundo, aquel a quien nos dirigimos, irá a ocupar el lugar en que está puesto el número correspondiente a la materia tocada.

Para la Geografía e Historia, se procede del modo siguiente. En cada caso los alumnos trazan con una cinta el perímetro de la nación o continente que va a estudiarse, o el que se ha desarrollado el episodio histórico.

De idéntica forma se representan los límites de naciones, ríos, cordilleras, lagos, ferrocarriles, etcétera, procurando trazar cada una de estas cosas con colores distintos.

Una vez hecho esto, sobre él se mueven los alumnos, señalando límites, cabos, ríos, ferrocarriles, etcétera, señalan capitales de reinos o provincias, universidades, regiones, etc.

Si se trata de Historia, se colocan sobre el terre-

no unos y otros actores en el sitio en que los acontecimientos tuvieron realización, y personificando a los personajes, reproducen los acontecimientos más importantes.

La misma personificación tiene lugar cuando de Historia sagrada se trata, pero entonces desaparece la importancia del lugar y subsiste sólo la representación de los personajes.

El estudio práctico de la Agricultura y de la Agrimensura es de índole especial.

De la primera estudiamos en la clase los varios instrumentos y máquinas de labor y un ligero análisis cuantitativo de los terrenos, y en el campo de experimentación la aplicación de los instrumentos y máquinas, la forma de tomar las muestras de tierras para el análisis, un análisis organoléptico de las mismas y algunos ensayos sobre abonos.

Y de la segunda, después del estudio de figuras de Geometría plana, trazadas con gran extensión en el suelo, y de medirlas con la cinta métrica pasamos a medir en el campo con la cadena y aparatos más usuales de Agrimensura.

Para la Geometría, además de la formación de las figuras, tanto de la plana como de la del espacio, por los mismos alumnos convenientemente dispuestos, y de su estudio sobre estas mismas figuras así trazadas, usamos también el mismo procedimiento que para la Agrimensura, o sea, el trazado con cintas de las diversas figuras; de la plana, sobre el suelo, y con el auxilio de unas formaletas de madera, las del espacio.

En esta del espacio es también un buen auxiliar el barro de alfarero o pastelina, con el cual formamos los diversos cuerpos sobre los cuales se estudia después.

Y, finalmente, en la Fisiología, haciendo preterición de otras ciencias, para evitar la indispensable monotonía de esta materia, ya usamos la formación de los diversos aparatos por los mismos alumnos que representan cada uno una de las partes importantes, y dan una idea de su funcionamiento, ya por medio de gráficos fijos o movibles, sobre los cuales van estudiando los alumnos y descubriendo el funcionamiento de ellos.

Ya comprenderéis señores, que todas estas vestimentas que aquí habéis visto en las proyecciones no se usan siempre en clase sino sólo en días solemnes y para hacer una impresión más viva; además, también habréis sospechado que no es precisamente el modisto del Teatro Español el que surte nuestro ropero.

De lo dicho, pues, y de lo que en la pantalla habéis observado, comprenderéis como la enseñanza que damos es intuitiva y reflexiva, práctica, amena y activa. Pero he de advertir que no nos limitamos a esta enseñanza práctica, sino que juntamente con la práctica se da la enseñanza teórica; porque nuestra Escuela no es como la de Granada o Huelva, que sólo se destinan a gente que no ha de estudiar más después, que no han de fundamentar nada sobre la enseñanza recibida, ya que la enseñanza práctica no sirve para edificar sobre ella una segunda enseñan-

za, ni aun siquiera la más completa que reciben nuestros adultos, y además porque al estudiar los libros y extractarlos se aprende haciéndolo, y todas esas escuelas que se limitan a enseñanzas prácticas formarán alumnos que cuando lleguen a las clases superiores, al Instituto o a la Universidad, no podrán dar paso alguno, porque les faltará ese saber estudiar, ese saber extractar los libros, que es un arte que necesita aprendizaje.

Un defecto del método pedagógico seguido en las escuelas es el ser muy limitado. Casi todas se reducen a enseñar, a leer, a escribir, a contar y un poco de Catecismo, y ¡quiera Dios que siempre se enseñe el Catecismo!

Me diréis que esto es en las escuelas de los pueblos, que en las capitales, en las grandes urbes no pasa eso, que se enseña mucho más. Sí, todo lo que queráis; ¿pero creéis que es eso bastante? No. Podrá ser bastante, acaso, en otras naciones donde los alumnos, al salir de la escuela, se encuentran con otras obras, con otras muchas instituciones que completan la educación y la formación de la escuela; pero aquí, entre nosotros, no basta, porque los que salen de la escuela, después no encuentran más que la taberna y el garito.

Por consiguiente es preciso que la escuela sea más completa, que la enseñanza sea integral; es necesario que además de la inteligencia forme la voluntad, que atienda al adiestramiento del sentido, al desarrollo del cuerpo; que atienda no sólo a la formación literaria, sino a la social y religiosa; que atienda a las

necesidades económicas y profesionales y se extiende a todas las edades y profesiones. Esto es precisamente lo que hace nuestra Escuela, forma la voluntad y mediante el desarrollo de las virtudes va modelando el corazón; llega al adiestramiento de los sentidos con las clases de dibujo y ¡si vierais cuánto se facilita con esto el aprendizaje de los oficios! Atiende al desarrollo del cuerpo con la gimnasia, con la instrucción militar, con las clases, siempre a pleno sol; procura fomentar el espíritu religioso con las pláticas semanales y aun más con la frecuencia de sacramentos; atiende a las necesidades económicas, mediante las Cajas de Ahorro, y se extiende a todas las edades, porque se toma a los alumnos a los cinco o seis años y no se dejan nunca, pues el Sindicato es parte de la Escuela y en él seguirán siempre unidos a ella, y, finalmente, abarca todas las profesiones; hay braceros y alumnos de segunda enseñanza y facultad; hombres del campo y artesanos...

El material empleado en nuestra Escuela es sumamente sencillo y barato. Como habéis observado en las proyecciones, con unas cuantas varas de cintas y unos cientos de tarjetas, tenemos todo el material necesario para dar la primera enseñanza. Así es que yo me atrevería a surtir de material a todas las escuelas de España con la cuarta parte del presupuesto de un año del Museo Pedagógico. Algo así como cuestan los objetos, que venden en esas casas que hay en Madrid de 65 céntimos todo, es lo que puede costar el material para una escuela. ¡Mirad qué barato y qué sencillo! Y yo os digo, y aquí hay muchos

que lo han visto, que la primera enseñanza que allí damos, lo mismo en la Aritmética que en la Geografía, que en todas las asignaturas que aquélla comprende, es muy completa, y están sólidamente fundamentados los conocimientos con ella adquiridos.

El local que utilizamos es el preciso: cuando el día está bueno, cosa corriente en Extremadura, bajo los naranjos en el patio, si está mediano, en la galería con los cristales abiertos, y si está malo, con los cristales cerrados. Por consiguiente, con una cantidad insignificante puede levantarse una escuela modelo propia para España.

Entre nosotros, señores, hay un afán grande de extranjerizar, y vemos como quieren implantarse aquí en España esos edificios suntuosos propios de Suiza y Alemania, donde la temperatura no permite nunca que los alumnos correteen por fuera de la casa. Pero aquí donde casi todo el año puede darse la enseñanza al aire libre, ¿para qué queremos esos locales costosos? Hace poco visité yo una escuela, que dicen modelo, el grupo «Reina Victoria», de Sevilla. El entusiasmo que la construcción de aquel edificio había despertado era grande, y cuando fuí a verle me quedé extrañado ante aquella mole inmensa, y dije para mí: ¡Qué local tan hermoso, pero qué escuela tan pésima! Dentro del edificio me encontré con un patio que no era más grande que esta sala, y todavía, como servía para niños y niñas, lo tenían dividido a la mitad por una especie de valla. Por consiguiente, ni aun pasear podrán siquiera los alumnos; cuando por la décima parte podía haberse comprado en aquellas

orillas del Betis una extensión grandísima de terreno donde los niños corretearan, donde se les enseñara mejor y aprendieran con más facilidad.

Acaso no llegue a 10.000 pesetas el presupuesto necesario para levantar una escuela modelo de tipo español para 200 ó 300 alumnos. En estos días se está levantando una en Olivenza; es para 200 alumnos y el presupuesto es de 10 a 12.000 pesetas, y con eso ha de hacerse. Así que, con lo que se ha gastado en la Casa de Correos habría para construir las 19.000 escuelas que hacen falta en España. Me diréis que es muy necesario y muy conveniente una Casa de Correos suntuosa, porque era una vergüenza la que teníamos; pero yo os diré que antes de hacer un edificio para Casa de Correos, había que enseñar al pueblo a escribir las cartas. (*Muy bien; aplausos.*)

Ved, señores, y termino, los caracteres peculiares de esta escuela nuestra de Los Santos. El hacer la enseñanza intuitiva, reflexiva, práctica, amena y activa, no es carácter peculiar de nuestra escuela, pero tiene caracteres propios de mucha importancia. El primero es la movilidad del gráfico; con los mismos elementos y en el mismo local se pueden hacer los gráficos que se deseen. Otro es la gimnasia introducida en la misma enseñanza, como parte de ella, y así habéis observado antes como los alumnos al leer se movían haciendo ejercicios gimnásticos; otro es el que los mismos alumnos formen parte de la enseñanza, y así habéis visto en la proyección anterior, cómo los alumnos representaban en la declinación los ca-

sos, en la conjugación los modos, las personas, etc., y así aprenden la Gramática por completo, y también lo es, el unir la teoría a la práctica, cosa que no se hace en otras escuelas de este género.

Más peculiares son lo integral de su enseñanza, que atiende a todas las necesidades del orden moral y religioso, literario y económico; la actuación perseverante de la Escuela sobre el alumno desde que lo coge pequeño sin dejarle nunca más; de modo que va pasando como por grandos de la primera a la segunda enseñanza, o a la clase de adultos, y luego al Sindicato; la acción social unida a la escuela con carácter pedagógico primero y verdaderamente social después; el carácter profesional de su enseñanza, pues los jóvenes, lo mismo los del campo que los artesanos, se van preparando para las artes o para los oficios de tal manera, que el aprendizaje les es fácil y en brevísimo tiempo adquieren conocimientos tan firmes que no los olvidan; y, finalmente, su organización democrática, pues lo mismo están allí los ricos que los pobres, el mismo uniforme hay para todos; no existen preferencias ni distinciones, y si alguna hay es para los pobres; de modo que, en igualdad de circunstancias, es preferido siempre el pobre, porque el rico tiene otras muchas satisfacciones en la vida, y el pobre no tiene, acaso, más satisfacción que aquellas que se le da en la escuela. (*Muy bien.*)

Estos caracteres, como decía antes, son propios. Esta actuación no la tiene ninguna otra escuela de España; ni la hay siquiera en el extranjero, porque si bien en Francia e Italia hay obras postescolares o

Patronatos, no son de los mismos alumnos, que han estado en la escuela ni es la misma obra, sino distinta; y, por consiguiente, no es la misma actuación ni después de esos Patronatos tienen ya otra obra posterior. Ese campo tan extenso, que comprende todas las enseñanzas, todas las edades, y que capacita para todas las necesidades de la vida no lo tienen ni las escuelas suizas ni las belgas con sus trabajos manuales y universidades infantiles. Cuando los obreros ingleses acudían en el 1914 a su Ministro Mr. Ruciman, diciéndole: «Señor, la enseñanza primaria ha dado siempre en Inglaterra buenos resultados, pero en realidad hoy resulta insuficiente. Ante los progresos de la democracia el pueblo exige una instrucción mejor y más sólida. El único medio de satisfacer tal exigencia es establecer la segunda enseñanza gratuita y obligatoria. Convendría que los niños al dejar la escuela a los catorce años tuvieran facilidad para seguir cursos literarios científicos y profesionales» ya nosotros desde 1911 teníamos establecidos esos cursos de Contabilidad, Agrimensura, Prácticas de laboratorio y Dibujo que reclamaban los ingleses. Y si los Estados Unidos se envanecen de que en sus escuelas están al mismo nivel los hijos del Presidente de la República y los hijos de los demás ciudadanos, en nuestra escuela también están al mismo nivel los hijos de los millonarios y los hijos de los obreros.

Y diréis: ¿y asisten los adultos? Porque esta es la pregunta que a mí me suelen hacer en todas partes con más insistencia. Pero diga usted: esos adultos, esos hombres que ya saben leer y escribir, ¿asisten

a la escuela? Sí, señores, asisten a la escuela. Y yo os he de decir que no sólo asisten, sino que se da un caso muy raro; cuando llega la hora de ir a la escuela se interrumpen las pláticas amorosas, se dejan las ventanas y las puertas y los novios van a la escuela primero y después hablan con la novia; y si alguno se resiste, son ellas las que les obligan; porque tener un novio en la escuela parroquial, es tan deseado como tener un pariente canónigo. Hay, señores, alumnos que se imponen el sacrificio de venir a la escuela una y otra noche, uno y otro año, de dos, de tres y de cuatro kilómetros, y cuando termina la clase vuelven al campo de donde han venido; y esto no es uno ni dos, son más de veinte los que lo hacen diariamente, durante el crudo invierno.

Y ¿permanecen en la escuela? ¡Ya lo creo que permanecen! «Hasta el último día», me decía uno que era soldado y se marchaba a servir al Rey. Como la zona nuestra está muy cerca, es la de Zafra, a dos o tres kilómetros, vuelven durante todas las noches los quintos a dormir al pueblo hasta que termina la escoja y asisten a la escuela aun aquellas noches. Uno decía: «¡Señor cura, hasta la última noche!» Y hasta la última noche estuvo en su banco.

Y ¿tienen afán de estudiar? Grandísimo. Ya os decía antes: hay a quien tienen que apagarle la luz de noche para que no estudie más, y quien se lleva los libros al campo. Os contaré un caso raro de un joven de nuestra escuela, obrero del campo. Era tanta su aplicación y adquirió tantos conocimientos, que yo creí conveniente que estudiara para maestro; pero

como ya era maestro antes de estudiar, por los conocimientos adquiridos, lo destiné a una escuela en un pueblo próximo, y estuvimos esperando a que terminara el tiempo de la siega, cuando los jornales son muy altos, para que aquel obrero cobrara aquellos jornales, y el último día de la siega colgó la hoz y se marchó a la escuela a enseñar, y lo hizo con admiración de todos los que le oían.

Y—me diréis—¿cómo se consigue esto? Porque realmente este es el gran secreto para las gentes.— Y ¿cómo consiguió usted esto?—¿Cómo? Con amor, con caridad, por parte nuestra. De ese mismo de quien os hablaba antes, ese que decía: «¡Señor cura, hasta la última noche!», de ese os diré que le tocó en suerte ir a Africa, y cuando volvió a la escuela aquella noche y lo dijo, en aquel momento, el 16 de Enero, se tomó un coche y uno de los profesores, sacerdote, con dos alumnos, marcharon a Zafra a buscarle un sustituto. A este amor nuestro corresponde el amor suyo. ¡Si yo pudiera leeros las cartas que tengo de esos obreros, escritas cuando van después a las capitales a servir al Rey! Una tengo de un alumno que vino a Madrid, al regimiento de León; llegó el 17 de Enero, y el 19 me escribía diciendo: «Mi estimado Padre Cura Párroco: Usted dispensará que haya tardado tanto en escribirle...» ¡y habían pasado dos días! Otro, señores, que hoy es conductor del tren en la línea de Játiva a la Encina, y estuvo aquí en el cuartel de la Montaña, me escribía a los pocos días de estar aquí en Madrid: «Señor Cura, que mande usted en seguida la *Revista*, que

yo no puedo pasar un día sin saber de la escuela...» estaba con otro del pueblo, también de la escuela, «... nos quedamos aquí, muy cerca, Pintado y yo, decía, y de noche le digo. Pintado, ya van entrando en clase, ya está el señor Cura explicando; ¡quién estuviera allí!» ¿Sabéis como se consigue esto? Siendo todo para ellos, hemos de hacer de padres y de amigos, absolutamente de todo, y no hay negocio y no hay asunto suyo que no pase por nuestra mano; en estos momentos solicitaba uno de la escuela ser cartero auxiliar; pues bien he tenido yo que hacer la solicitud, pedir el certificado de Penales y hacer todas las cosas necesarias para ello. Así es como se consigue, y además interesándoles, con los fondos que depositan en la Caja de Ahorros, con los premios que se les conceden, con las enseñanzas de utilidad práctica que se les dan y con los recreos que allí tienen.

Hay ricos que me dicen: pero, señor cura, ¡qué está usted haciendo con eso! ¿Pero no ve usted que con lo que está haciendo nos va a ser imposible dominar a estas gentes? «¡Ah! ¿Pero tú crees, les digo, que todavía estamos en los tiempos de Aristóteles, en los que se creían que hay hombres que han nacido para ser libres y otros para ser esclavos? Estás equivocado. Pero mira: no dudes que viene el bolcheviquismo; ¿qué quieres mejor, estar frente a un bolchevique ruso o a un bolchevique alemán? Esta es la diferencia del hombre ilustrado al hombre no ilustrado.» Dicen otros: ¿estos hombres así formados, tendrán más aspiraciones? Indudablemente; pero se les sa-

tisface estas aspiraciones, porque se le da todo el valor íntegro de su ser, porque tienen su inteligencia desarrollada, porque conocen mejor su oficio, porque se les ha hecho capitalistas, ricos, como decía antes, y, por consiguiente, si tienen más necesidades tienen también más medios de cubrirlas. «Es que serán señoritos», me dicen. Ciertamente que a muchos de los que han estudiado esa segunda enseñanza les hemos hecho, como se dice, señoritos; pero como tengo por norma, al terminar el bachillerato, hacerles maestros, tienen una esperanza para el porvenir y una carrera terminada. De uno os diré que era un pobre carpintero, un obrero ya de diez y siete a diez y ocho años, con las manos encallecidas; en la escuela de adultos se dedicó a estudiar con gran afán, tenía grandes disposiciones para maestro, y hoy es un gran pedagogo, un gran orador y hasta filósofo casi. Y otro que es hijo de un pobre, hoy dirige una escuela en Salamanca, con gran aplauso de sus superiores.

Pero, dicen los curas: «Diga usted, ¿y vamos a meternos a maestros?» Y yo les digo: ¿Y qué importa? Pero ¿es que acaso ser maestro es deshonroso? Después del sacerdote, que hace nacer las ideas de Dios en el corazón, ¿dónde hay dignidad mayor que la del maestro, que la hace nacer en el entendimiento? Pero es más, señores, ¿no quiso San Pablo, ser hasta anatema para ganar almas para Cristo? ¿Por qué no hemos de ser nosotros maestros? Yo de mí sé decir que jamás me encuentro deshonorado cuando he tenido que coger la esteva del arado en el campo de

experimentación para enseñar a aquellos labriegos. Es más, señores, no ya sólo maestro, sino aun más. Mirad, yo soy seguramente una excepción de aquello que dicen que de poeta tenemos todos algo. Yo no tengo nada; sin embargo, si yo creyera que era útil, que era conveniente para mis obreros, que era bueno para la Patria, que serviría para gloria de Dios, no ya la Biblia en verso, como hizo Carulla; yo pondría en verso hasta las tablas de logaritmos.

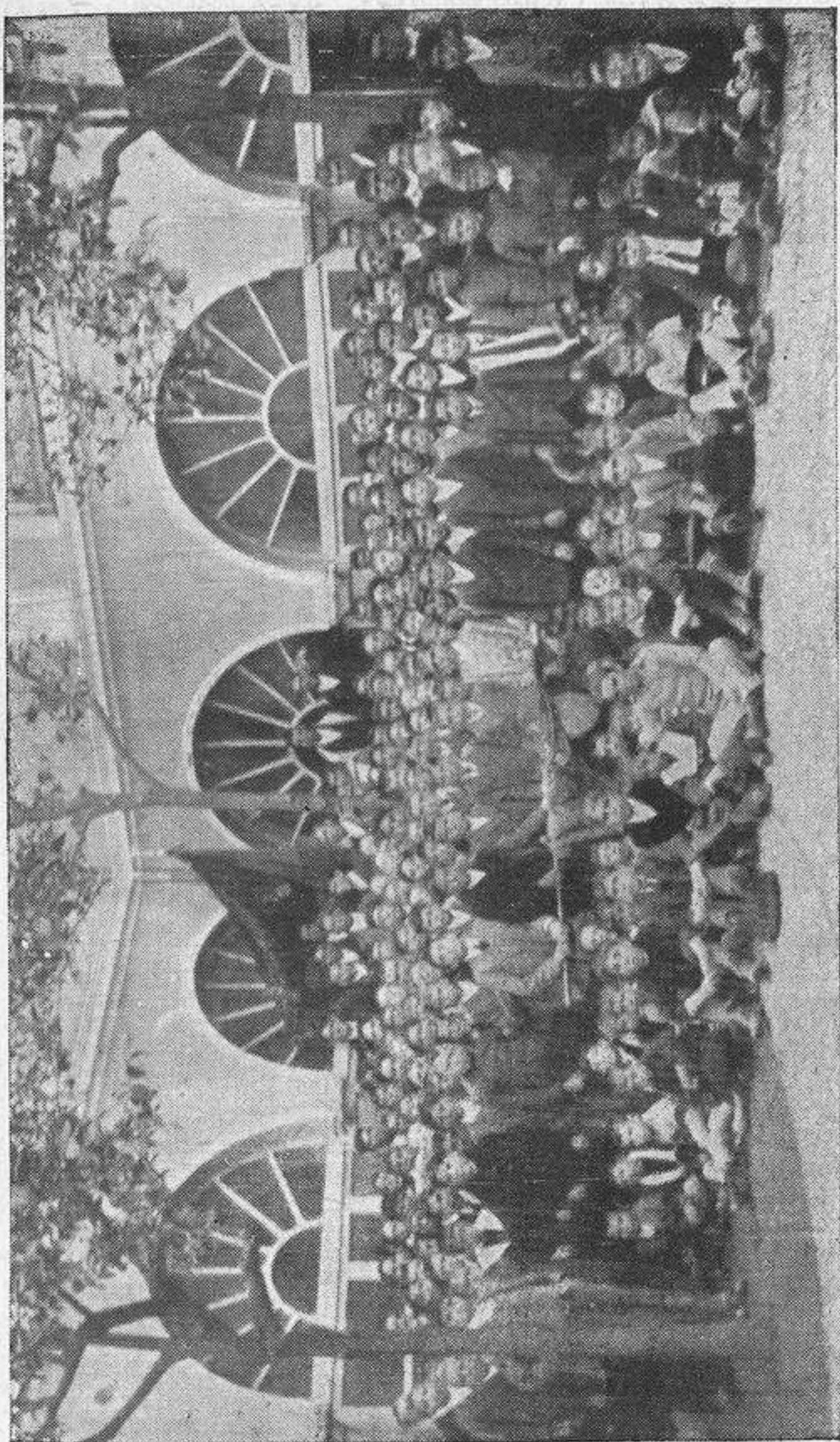
¿Vamos a abandonar las Parroquias?, dicen otros. Pero qué entienden por Parroquias esos curas? Creerán que Parroquias son las cinco viejas que asisten a misa. (*Risas.*) Y los otros, ¿qué son sino Parroquia? Y si Cristo dejó las 99 ovejas para buscar una sola, ¿no dejaremos nosotros una para buscar las 99? Dicen también que son novedades.

¡Novedades! ¿Pues no estableció siempre la Iglesia la escuela junto a las catedrales?

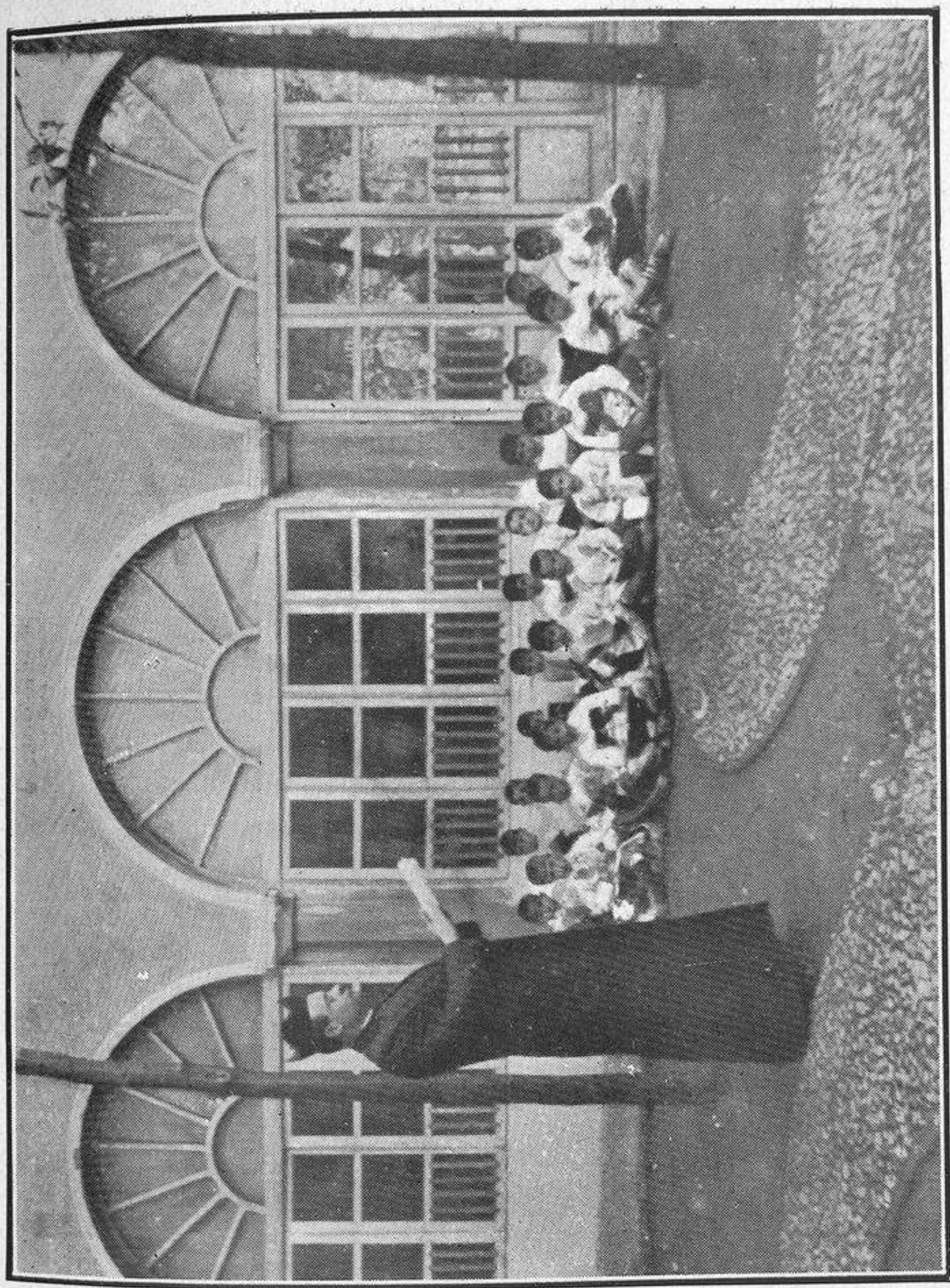
¡Novedades! Pues ¿qué hacen los misioneros cuando levantan una Parroquia? Allí está en seguida la escuela. ¿Y qué hacen los protestantes cuando levantan la Iglesia? La escuela a un lado y a otro; pero ¿dónde vamos a encontrar dinero?, dicen finalmente. Este es el gran apuro, ¿dónde vamos a encontrar dinero? Donde lo haya, porque el refrán aquél, «el que lo tiene lo pone», es sabido. ¿Quién lo tiene? ¿El rico? Pues el rico debe ponerlo, y si no, ¿para qué lo quiere? Yo diré, señores, que en estos tiempos en que peligra todo no merece ser rico el que no se gasta el dinero para ilustrar al pueblo. (*Aplausos.*)

Termino, señores. No olvidéis, como decía antes, que en España el problema primero, el único, el importantísimo, es la instrucción primaria. Con él resuelto, tendremos todo; con él sin resolver, absolutamente nada.

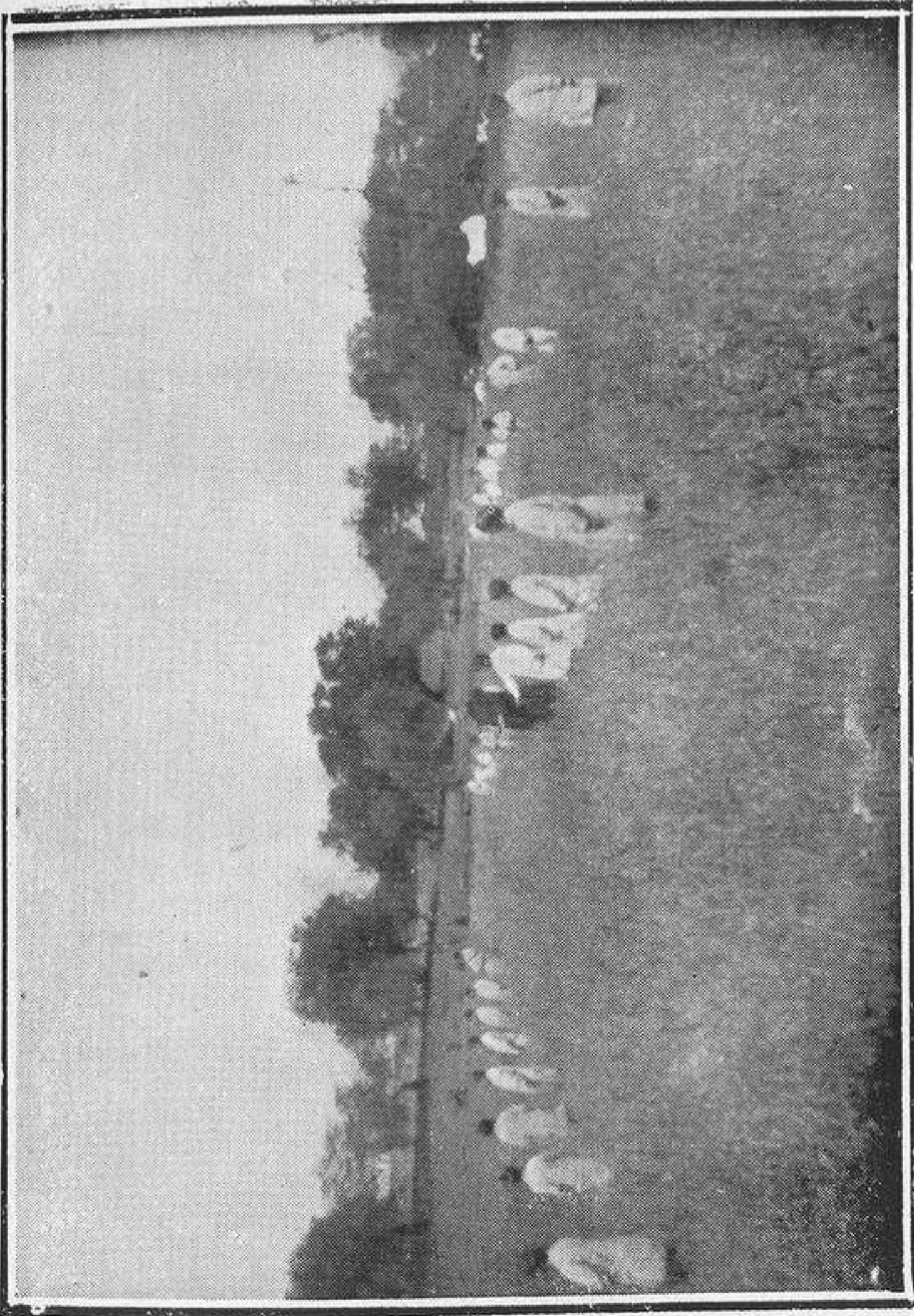
Otras veces fué el problema grande romper las cadenas de la esclavitud, rehabilitar a la mujer, tomar las armas para defender la Patria; pero hoy el problema grande, el único problema, es ilustrar al pueblo. Educad al pueblo, mejorad la condición del pueblo, elevad al pueblo, y si vosotros no lo hacéis como tenéis obligación lo harán los otros, e instruirán al pueblo sin patriotismo ni ideales, educarán al pueblo sin fe y sin Dios, mejorarán su condición creando un pueblo sin justicia y sin caridad y elevarán al pueblo llenándolo de soberbia y de odio. He dicho. (*Aplausos.*)



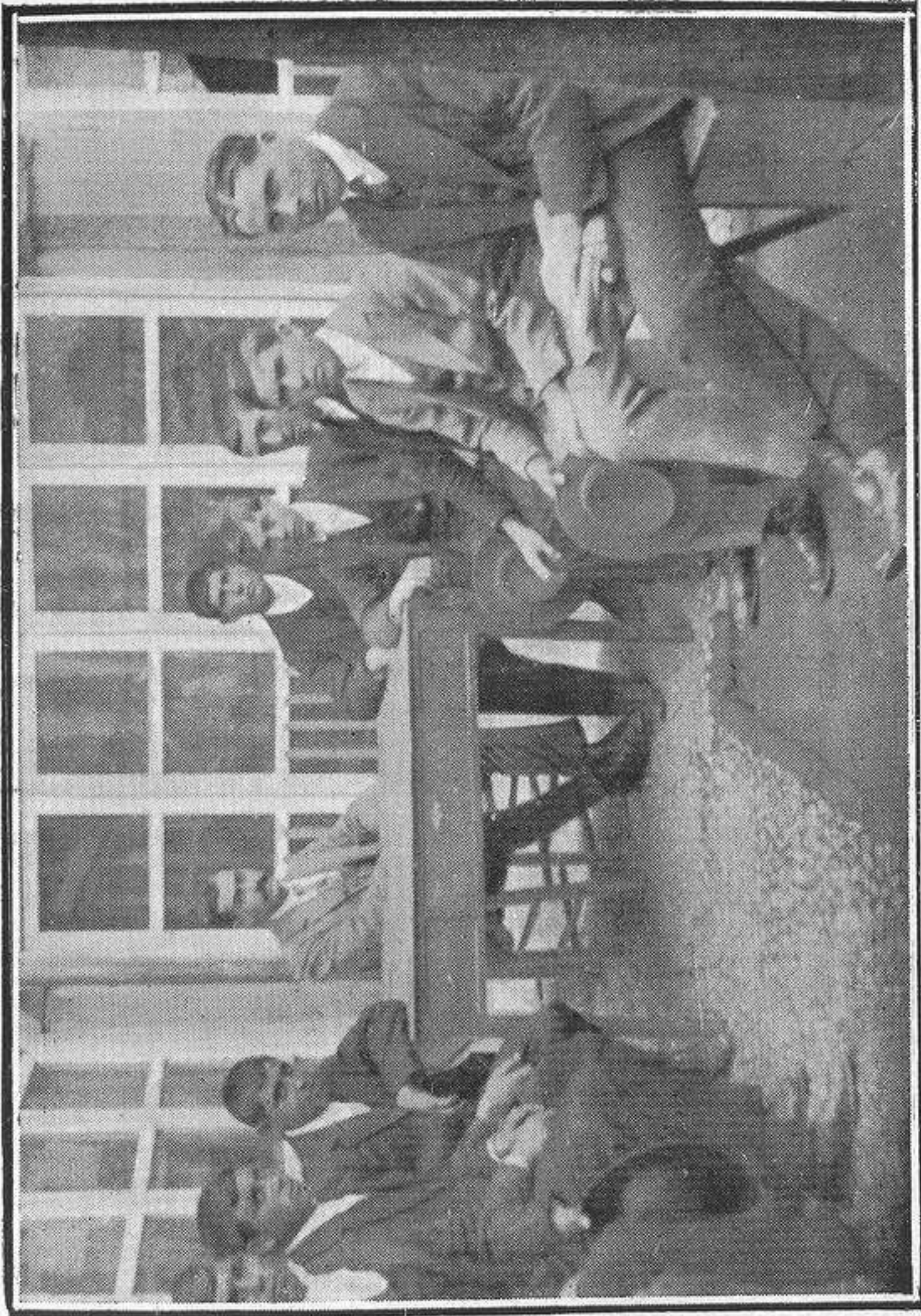
Un grupo de alumnos.



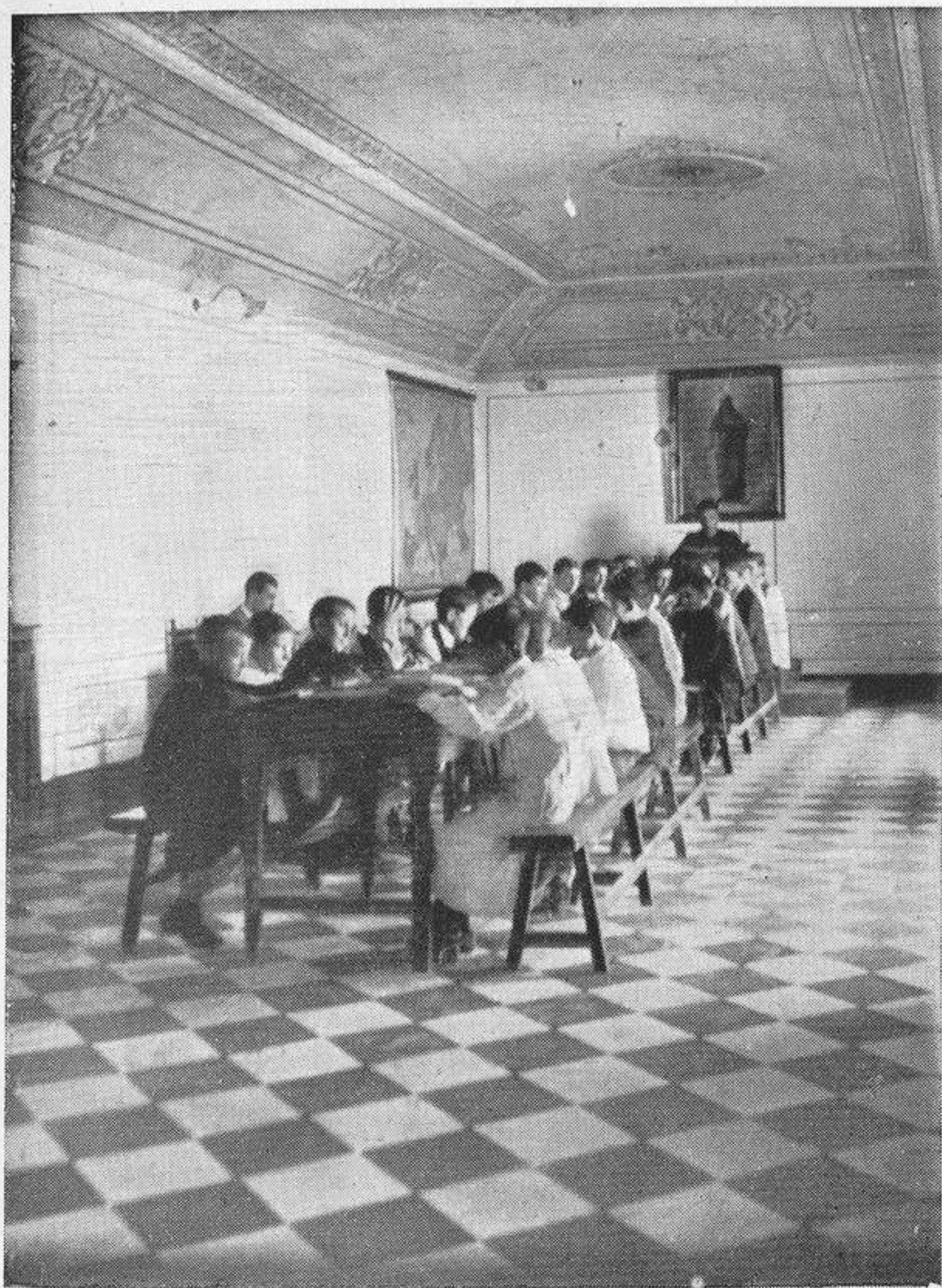
Una clase de lectura.



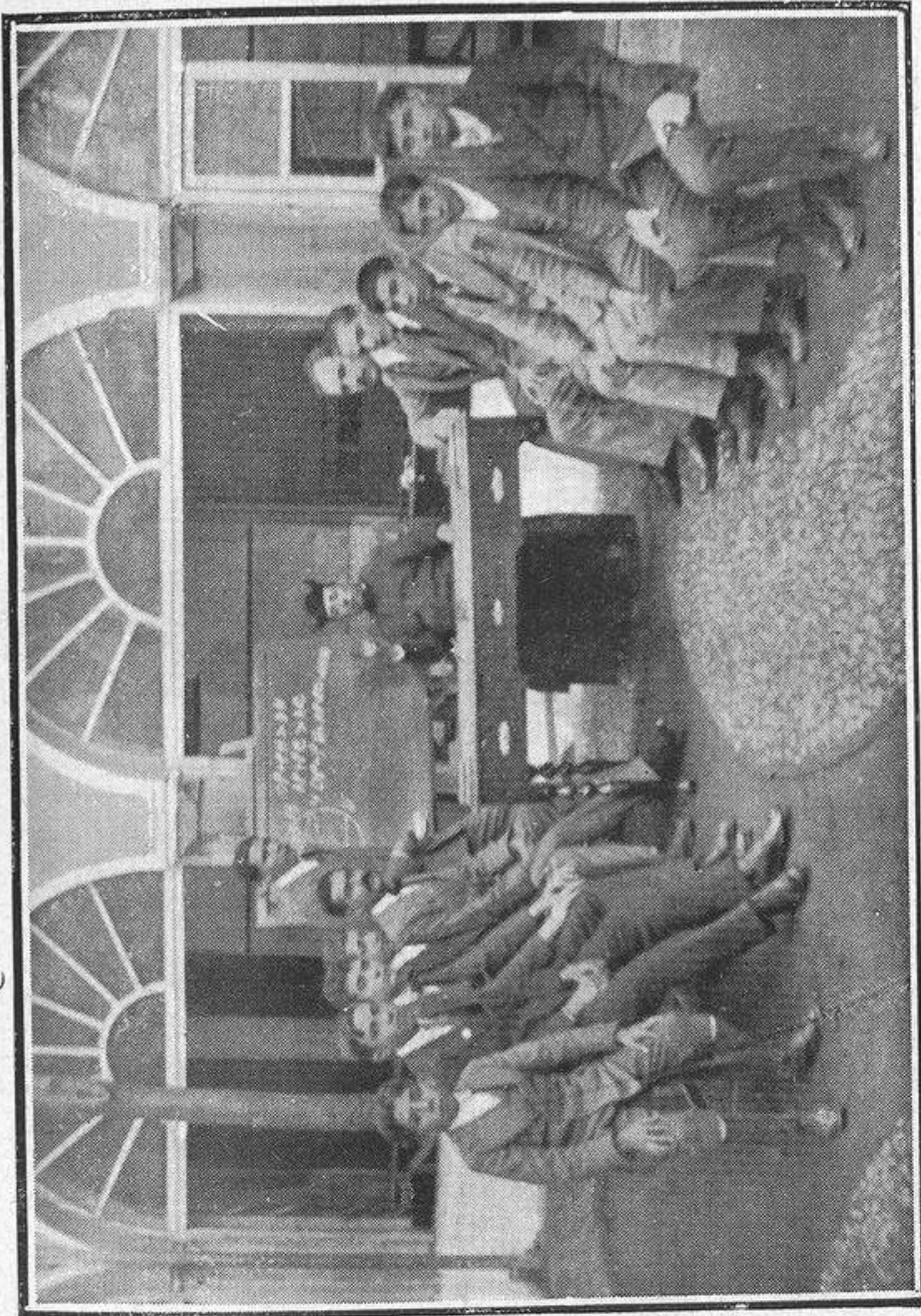
Los alumnos de primera enseñanza en el campo de experimentación.



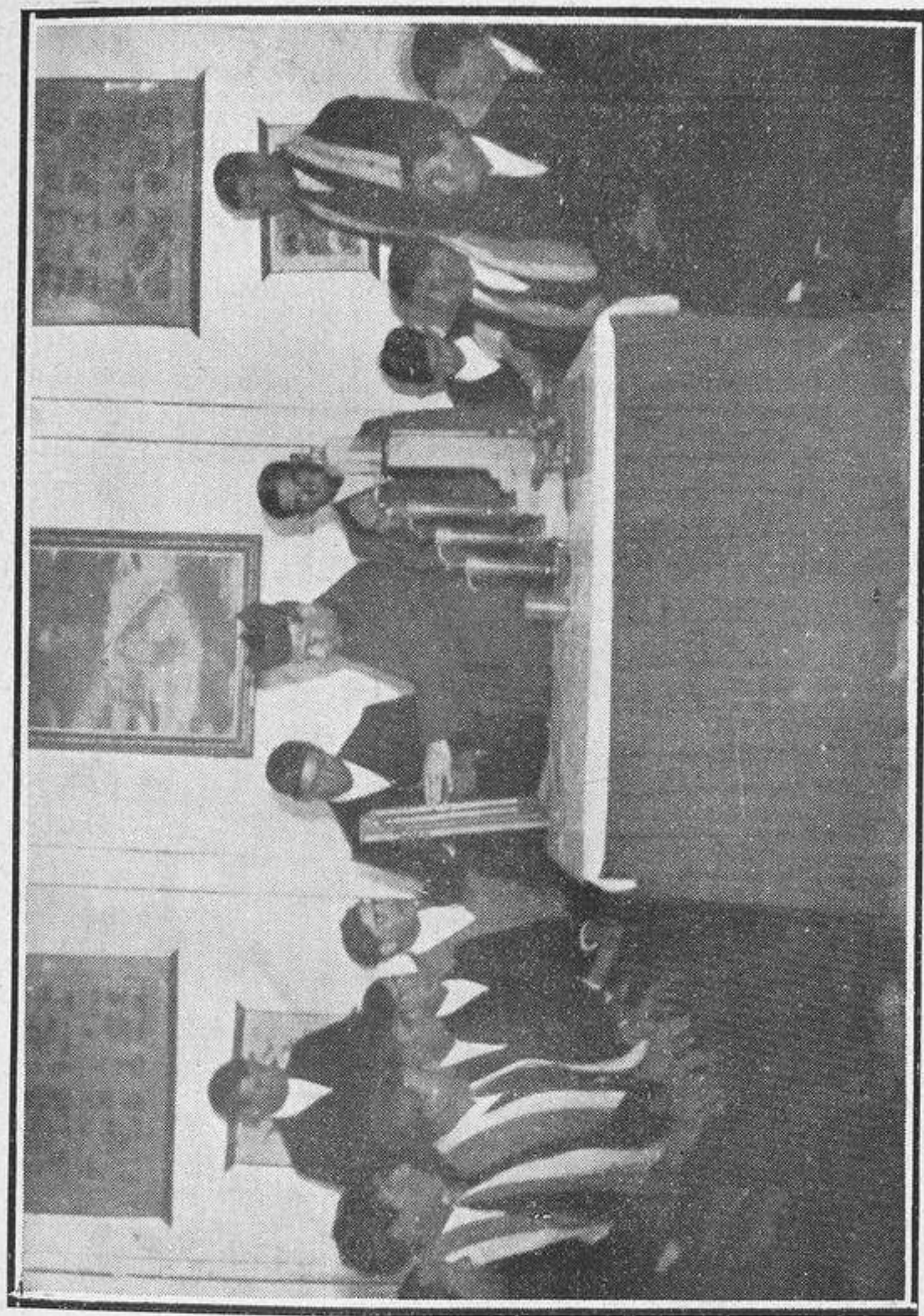
Una clase de adultos de la Escuela Parroquial.



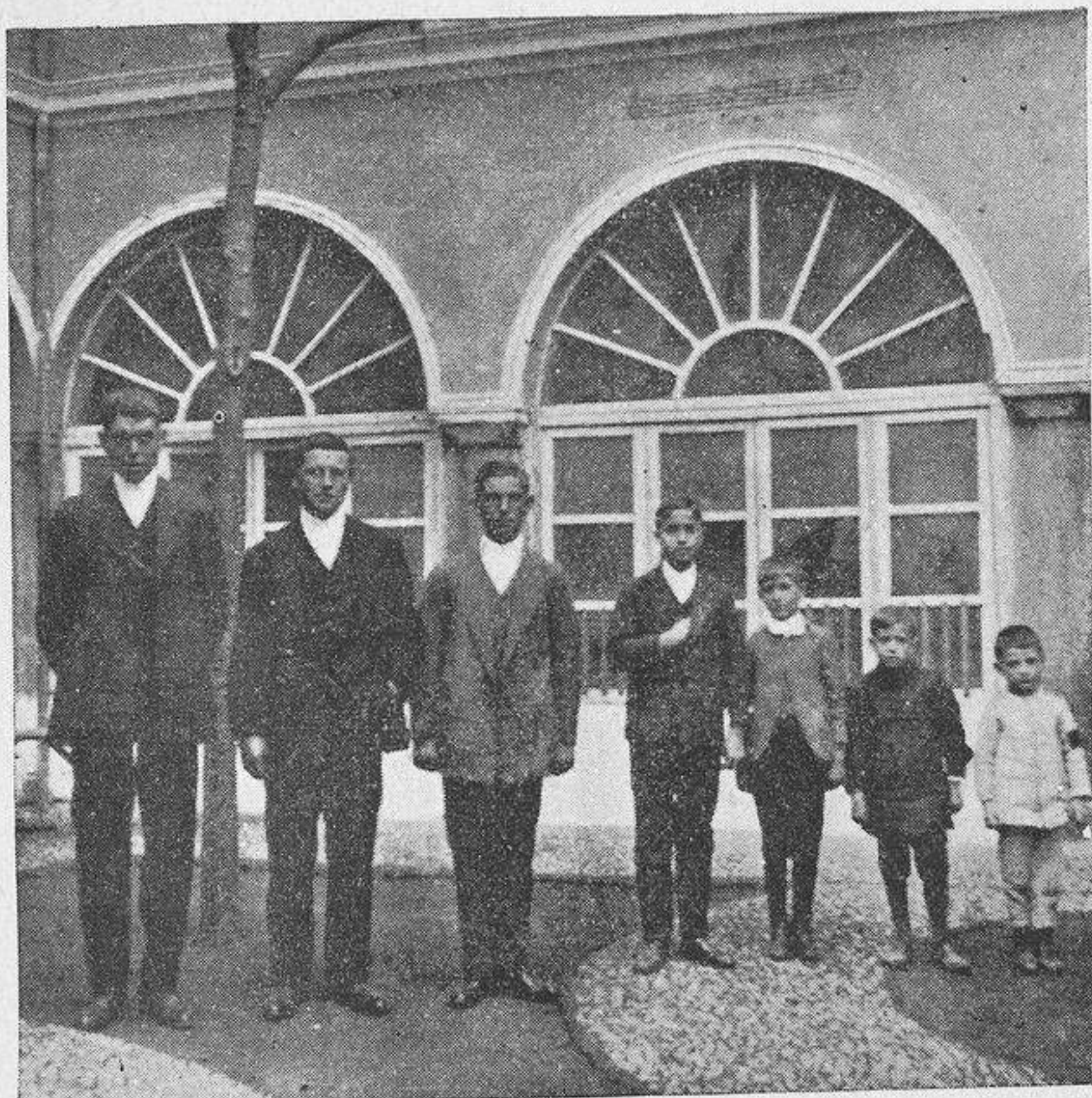
Alumnos de segunda enseñanza.



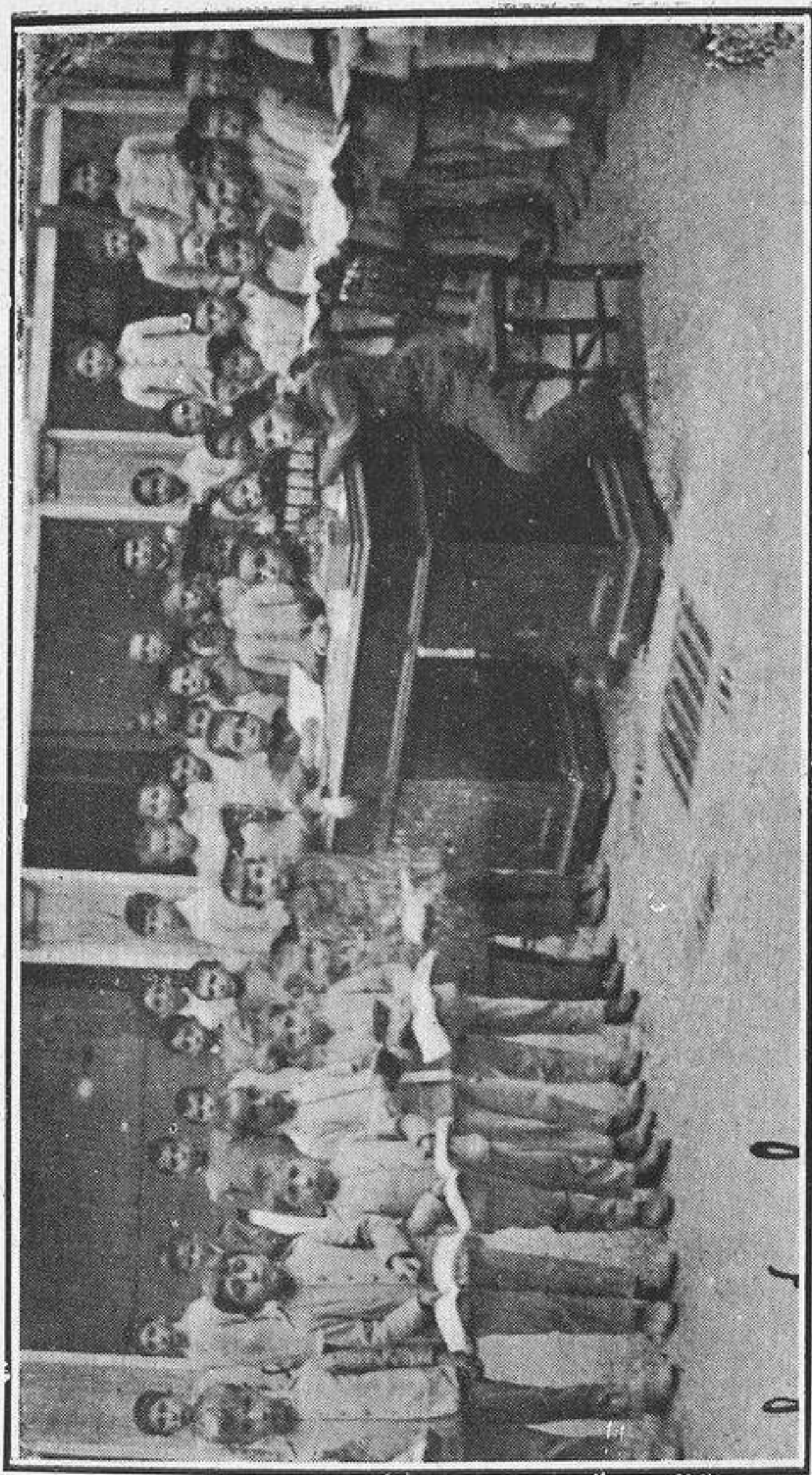
Estudiantes del Magisterio.



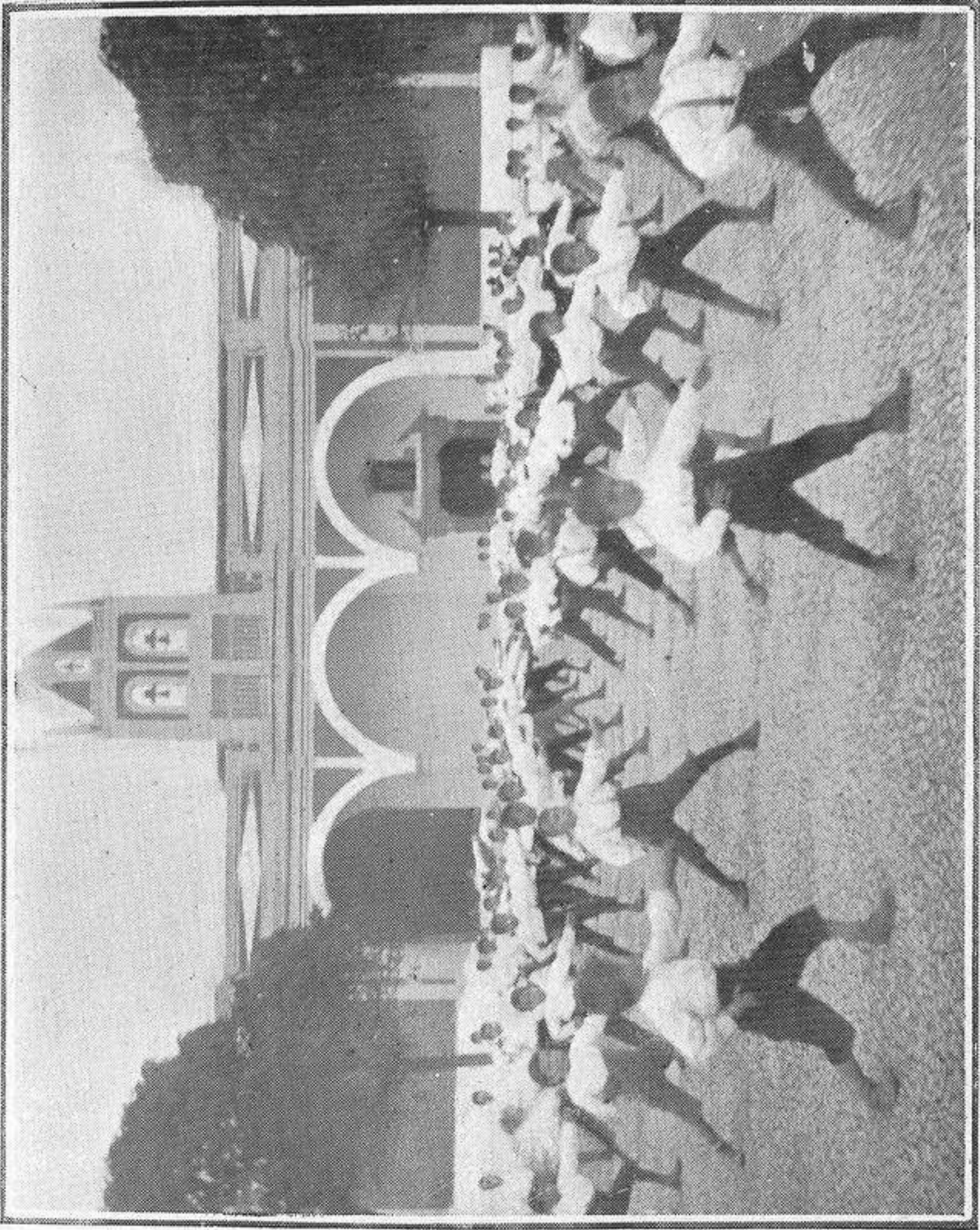
Una sección del Patronato de ex-Alumnos.



Escala de alumnos de la Escuela Parroquial.



Caja de ahorros de la sección diurna.



Clase de gimnasia sueca.

